

Derrota demócrata en USA

PEDRO FERNAUD

Una de las claves de la derrota estrepitosa de los demócratas de Clinton ha sido el voto de castigo del electorado al comportamiento elitista y profesionalizado de la clase política en los EE UU. Demasiados años con el control del Congreso habían convertido a los demócratas en el símbolo de los intereses creados, los privilegios y los abusos de poder. La ciudadanía se siente crecientemente alejada de sus políticos, no sólo en América, sino en todo Occidente. Es un síntoma de la crisis profunda que aflige a nuestros sistemas democráticos.

Los políticos de izquierdas tie-

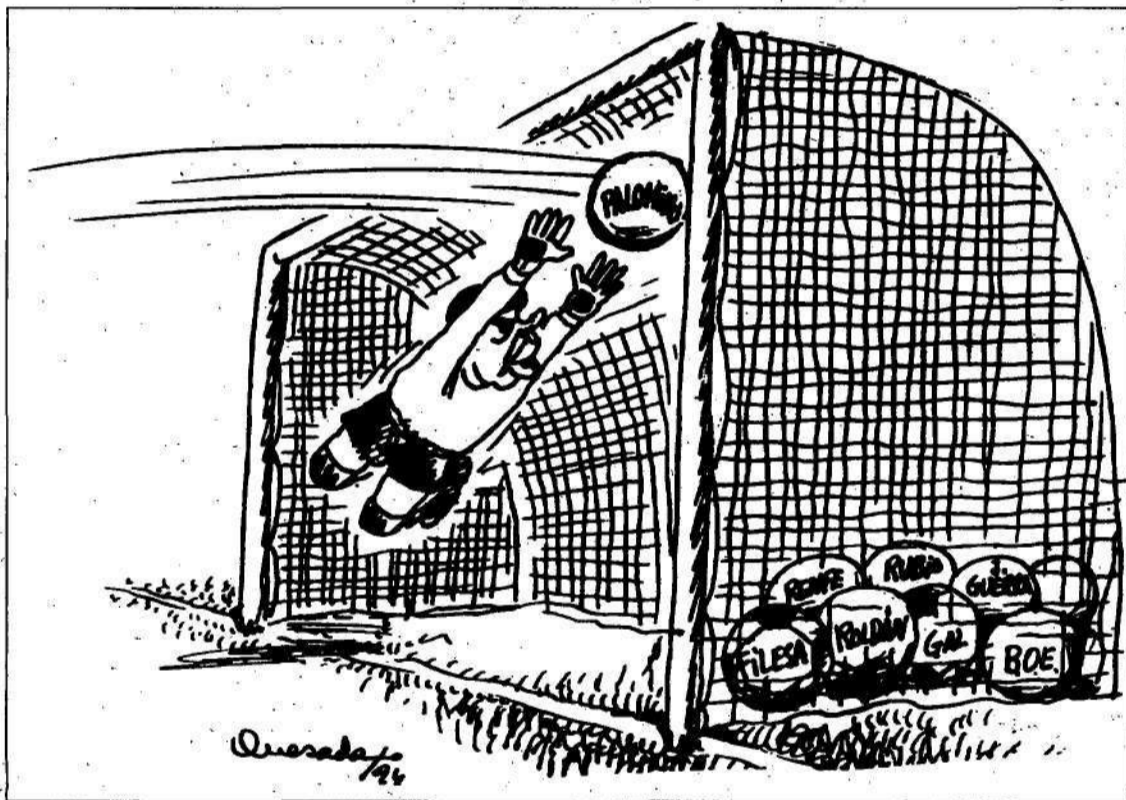
nen mayor propensión que los de derechas a profesionalizarse y segregarse de la ciudadanía como una casta privilegiada, como un mandarinato electo. La razón no es de índole ideológica, sino de carácter sociológico. La derecha recluta a sus políticos básicamente entre empresarios y profesionales, mientras que la izquierda lo hace entre sus cuadros partidarios, que han hecho de la política su único modo de vida.

Mal asunto éste. Cuando la UCD fue desalojada del poder, sus gentes se fueron tranquilamente a casa a sus ocupaciones habituales. Mucho más difícil tienen las cosas los socialistas: cuando pierdan las elecciones muchos

no tendrán a donde ir, su único oficio y beneficio es el ejercicio profesional de la política. Toda una tragedia personal con graves consecuencias para el correcto funcionamiento de nuestro sistema político.

El hastío ciudadano por la profesionalización de la política ha sido la causa detonante del batacazo electoral de los demócratas en USA. Los republicanos habían propuesto poner límites a los mandatos parlamentarios como garantía de que los congresistas no llegaran a convertirse en políticos profesionales. Los demócratas se opusieron resueltamente a esta iniciativa republicana. Los electores los han castigado sin piedad.

Quesada



Entre paréntesis

La radio

LUIS MEANA

La radio es la eclosión, convulsiva, de un milagro: la llegada interespecial de la voz lejana, el milagro de la comunicación interoceánica. Cuando el mundo aún no era una aldea planetaria, sino un universo todo él desconectado, la radio se puso a transmitir lo que pasaba al otro lado del espejo, o sea, en aquellos lugares que, hasta entonces, eran patrimonio de la fantasía: Cuba, América, África, las más lejanas galaxias como el pueblo de al lado. Con la radio, el mundo comenzó a ser la extensión del cuarto de estar de casa. Gracias a la radio, recorrimos, por primera vez, la circunferencia del mundo con el tacto. La radio fue la máquina que puso vapor a las comunicaciones humanas, cambió su velocidad y comenzaron a correr y a pasar con una aceleración nueva y extraña. Esa transustanciación de la distancia trajo una transustanciación de la influencia: hablaba Hitler y drogaba a toda Alemania; hablaba Franco y la guerra incivil se volvió una cruzada. La radio, sacralizada, fue la palanca que impulsó, a gran escala, el fenómeno de la propaganda, el engaño alucinado de las masas. Sin el instrumento o la herramienta de la radio, el fascismo se hubiera quedado en una patología extraña. Pero la historia, que corre ciega y que nunca se para, siguió dando tumbos y trompicones, así como rabiosos saltos hegelianos: asistimos, de esta forma, a la aparición de un reino emparentado pero contra-

puesto: la imagen. La televisión le arrebató a la radio el poder de la fantasía: empezamos a ver lugares, monstruos y supervedettes con los ojos de la cara, en lugar de con las papi-las del alma, o sea, con las figuraciones que montaba, a partir de las sugerencias del eco de la voz, la imaginación. El mundo empezaba a hacerse perfecto: o sea, interoceánico y cerrado. Desaparecido el misterio de la distancia, todos éramos los mismos, cuando en tiempos de los primeros aviones, todavía éramos diversos y lejanos. Con ese rudo golpe en los genitales, la radio pasó a ser como una especie de manta eléctrica para viejas, el calor hogareño de la chimenea cercana o, sea, un espacio para la intimidad y la compañía. Como todos los imperios caídos en la nada, también el imperio de la voz empezó a ser humano el día que se puso el sol en sus dominios. Hoy, la radio es el último reducto humano de los «media», lejos del intelectualismo interpretativo del periódico, lejos de la oquedad convulsa de la imagen. La radio es hoy un sonotone para insomnes, una rara condensación de necesidades, una voz que ríe, llora, acompaña o persuade, un terciopelo que acurruca, calienta y hermana. La televisión es el reino de los guapos. La radio, que cumple estos días varios decenios y no sé cuántos años, es, por el contrario, el reino de los feos. De los feos darwinianos a los que no les queda más voz, ni quizá más voto, que el fluido ondulante de las ondas.

Los mitos que se van

CARLOS GALLEGO



¡A y, Joselito del alma! que otra vez lo han cogido in fraganti vendiendo «veneno» y me lo van a meter durante unos años en prisión para que le suceda lo de aquel ruiseñor, que, triste y enflaquecido en su enjaulamiento, se negó para siempre a deleitar con sus alegres trinos a los que le coartaron su libertad. El dicharachero y extrovertido ruiseñor se ha ido metamorfoseando con el paso del tiempo hasta convertirse en un lobo estepario que aúlla desesperadamente en esta España en la que Anson y Trevijano muestran sin recato sus cartas, apostando cada cual por un modelo de sociedad que en apariencia son tan distintos y en esencia tan distantes como los orificios de mi nariz. No dejo de pensar cómo aquel chiquillo, con el que tanto me identificaba a través de la radio y de sus películas, ha podido llegar a una situación trágicamente desespera-

da, en la que no le queda otra solución que afinar su garganta y volver a cantar por ver si, al igual que sus aventuras de ficción, en las que era capaz de concitar la ternura y el entusiasmo de cuantos le escuchaban, ahora le sucede lo mismo y abandona la prisión canturreando mientras le siguen como al flautista de Hamelin y en franca camaradería carceleros y reclusos. Años ha, ya sufrí una terrible y lacerante decepción cuando Marisol, con la que tuve un apasionado idilio platónico, se casó con Carlos Goyanes sin ni siquiera avisarme, para más tarde acabar por enterrarme vencido y humillado en el pozo de los celos, en el momento en que le dio por pasarse de rosca, venerando y haciendo proselitismo a favor del intachable demócrata Fidel Castro. Y es que Marisol y Joselito están enroscados al árbol de mi memoria como una serpiente que en no pocas ocasiones hinca su lengua bífida en

mis recuerdos más adormecidos y logra sacarlos a flote como si fuera un cofre ruginoso adherido de algas y moluscos pero cuyo interior, a pesar del tiempo transcurrido y los embates submarinos, aún sigue intacto. Fui un niño de la radio, vi la boda de Fabiola, subí con Bahamontes al Tourmalet, jugué con Di Stefano frente al Manchester, sufrí con las inundaciones de Ribadellago, navegué con el capitán Etayo en la «Niña II», envidié a los niños de la «operación Plus Ultra», toreé con Bienvenida y El Cordobés, me enervé con La Chunga, presencié quinientos «No-Do», lloré por Blume, cabalgué junto a Sofía Loren en «El Cid», canté «Cara al sol», vitoreé al caudillo en la película «Franco ese hombre», recé por la muerte de Juan XXIII, vi el brazo incorrupto de Santa Teresa y la llegada del turista nosecuantos millones, tragué aceite de ricino, escribí con plumas prehistóricas

de mojar en tintero, me encandilé hasta el delirio con Brigitte Bardot, y aún en el día de hoy conservo como oro en paño todas las imágenes de aquellas representaciones que los más humildes comediantes ofrecían en Lastres y que no dudo en calificar como estelares y sublimes comparadas a la bazofia televisiva de hoy. De estos caleidoscópicos recuerdos que se contraponen unos a otros sin orden cronológico, cuando abro el cofre, sólo el de Joselito me desazona en lo más íntimo, por cuanto no hace muchos días que he visto una película suya que ha venido a coincidir con su nuevo juicio por consumo y tráfico de cocaína. Desde los griegos hasta hoy mismo hemos ingerido mitos como el que toma aspirinas contra el dolor de cabeza; y los resultados, en casi todas las ocasiones, no pueden ser más decepcionantes. Cuanto más límpida parece que es la pétreo fachada del mito,

más posibilidades hay de que tras esa sutil apariencia sólo nos encontremos con una atmósfera fétida repleta de escombros. Desde Kennedy a Rock Hudson, pasando por Lenin o Ceaucescu, y acabando en el simpar Felipe González, por sólo citar a vuelapluma algunos de nuestros contemporáneos, podemos ya certificar con garantía notarial que tras el mito de un recalcitrante católico puede encontrarse un marido infiel, tras el de un gran mujeriego un indómito bujarrón, tras el de un buen patriota un pérfido traidor, o tras el de un político colmado de honradez un gran corruptor. Fui un niño de la radio y me drogaron sin piedad con mitos el mismo tipo de «narcos» que hoy pretenden hacerlo impunemente con la generación de mi hijo. Al igual que las drogas, ¡mitos no, gracias!; pues como las rondas, ya se ve que no son buenos, que hacen daño, que dan pena, y se acaba por llorar.